

La greguería es una comparación explícita o implícita, mediante la cual se logra la esencia de la cosa, lo indecible que escapa a las definiciones. Un ejemplo: «El sifón sabe a pie dormido». La asociación, la comparación, es aparentemente ilógica, pero la greguería ha logrado con intuición de relámpago expresar una relación metafórica, que ya para siempre nos deja determinado el sabor del sifón.

Partiendo de la greguería puede explicarse toda la obra de Ramón Gómez de la Serna. Cada libro es una suma de greguerías, un amontonamiento de greguerías geniales y relampagueantes que van esclareciendo el tema, sea novela, biografía, ensayo, teatro. Así cualquier trozo aislado de un libro ramoniano tiene su razón de ser y se comprende en sus escasos renglones, porque es siempre una greguería determinada.

Como Ramón ha dicho muy bien en un ensayo titulado «Las cosas y el ello» (*Revista de Occidente*, 1934), la greguería es el «ello» de las cosas, lo recóndito de las cosas. Ramón, gran buceador del subconsciente, descubre también un «fondo de buhardilla» donde se almacenan nuestras cosas olvidadas y las saca en sus escritos, las airea, greguerizando de este modo nuestras personas.

Es Ramón Gómez de la Serna un gran humorista. En general, toda la época literaria «deshumanizada» está tocada de humorismo. Tanto Alberti, Lorca, Salinas, Guillén, como otros escritores, que ya iremos viendo, de las últimas tendencias vanguardistas, del ultraísmo y otros «ismos» de la época, tienen mucho del juego intrascendente próximo al humorismo. Quizá aquí reside lo que les diferencia más de la seriedad de la generación

del 98 y de su angustiado estilo, que en muchos puntos hace irreconciliables a los antiguos maestros y a los nuevos.

En un ensayo definitivo (también publicado en la *Revista de Occidente*, 1930) reconoce Ramón, en una original teoría, la «gravidad e importancia del humorismo», al que ha calificado así: «humorismo, una de esas glándulas necesarias a la vida espiritual, quizá la tiroides para la normalidad del artista».

De Ramón Gómez de la Serna ha dicho Angel del Río en su *Antología de ensayos contemporáneos*: «Con Gómez de la Serna se cierra el ciclo iniciado por la generación del 98 y se entra en el período de los «ismos» desintegradores, que caracteriza a la literatura llamada de la postguerra en todos los países de Europa. En su visión del mundo, en su ideología y estética, se rompe completamente el sentido de unidad y se llega a la máxima atomización. La literatura pasa a ser el arte de recoger impresiones, sensaciones, gestos, retazos de ideas, no de una manera directa y sensorial como en el impresionismo, sino a través de una especie de nuevo nominalismo estético que se complace en el juego de recrear el mundo exterior en forma arbitraria. Todo aparece así desconectado, fragmentario». Como un gran muestrario, podemos añadir.

El ramonismo llega a ser un estilo impregnado de la personalidad de su autor, que rápidamente contagia a los contemporáneos e influye de un modo extraordinario en la literatura posterior. En la actualidad, sólo por poner un ejemplo, cuando César González-Ruano, describiendo a Mariano González de Rivas, dice: «Su sangre belga pasea en bicicleta por este Mariano alargado, casi fantas-